



Identidad nacional y prejuicio. ¿Está el nacionalismo asociado a la xenofobia?

Rodríguez-Pérez, A., Betancor, V. y Ariño, E. (2013). Identidad nacional y prejuicio. ¿Está el nacionalismo asociado a la xenofobia?, *Studies in Psychology*, 34:1, 37-47, DOI: 10.1174/021093913805403138

Numerosas investigaciones se han centrado en el estudio de la identidad nacional y sus expresiones más comunes, como son el patriotismo y el nacionalismo. Introduciendo entre estos términos el prejuicio, se ha observado que el patriotismo no predice actitudes hostiles ni xenófobas hacia el exogrupo, mientras que el nacionalismo sí. Y es que la identidad es un potencial motivacional con doble cara: estima por los miembros del endogrupo y desagrado por los del exogrupo. La Psicología Social destaca tres factores que dan valor a la identidad nacional, y que han sido reforzados de forma empírica. El primero de ellos hace referencia a que satisface la necesidad de apego (Feshbach y Sakano, 1997; Shaw y Wong, 1989). Según estos autores, la necesidad de apego a la nación tiene una base biológica y psicológica, pues contribuye a la autoprotección mediante la identificación con los que nos rodean y la satisfacción de la necesidad de autotranscendencia a través de la identificación con grupos que están más allá de nosotros en el tiempo y el espacio. En cuanto al segundo factor, se refiere a cómo la identidad nacional aporta significado al yo (Tajfel y Turner, 1979), forma parte de nuestro autoconcepto. De esta forma, nos identificamos con el endogrupo, al mismo tiempo que el exogrupo representa lo que no somos (Lisbona, 2010). Por último, el tercer factor se refiere al orden y sentido que da la identidad nacional al mundo y acciones de las personas. Los humanos necesitamos reglas para simplificar el mundo (Taleb, 2007) y la identidad nacional utiliza la transmisión de la historia, plagada de símbolos, poniendo así orden en el desorden de la percepción humana (símbolos que ayudan a generar un sentimiento de pertenencia y apego, como banderas, fiestas nacionales, leyes comunes, fronteras...).

Estas investigaciones muestran que la identidad nacional no es un constructo sencillo, y mucho menos, unidimensional. Como mencionamos anteriormente, se manifiesta a través del patriotismo y el nacionalismo. Estos dos constructos tienen diferentes consecuencias en las actitudes y el comportamiento social, aunque muchas veces sus características se solapan con facilidad y se encuentra una relación positiva moderada entre ellos (Karasawa, 2002; Li y Brewer, 2004; Sidanius, Feshbach, Levin y Pratto, 1997).

En primer lugar, mientras que en el patriotismo prepondera la actitud de lealtad y de identificación con el propio país; en el nacionalismo predomina la actitud de superioridad por la pertenencia nacional en relación con otros países. En segundo lugar, mientras el marco de referencia comparativo del patriotismo es autorreferente, el del nacionalismo precisa de la comparación con otros grupos a los que se descalifica y adscribe menor estatus. En tercer lugar, tienen diferentes contenidos en sus discursos, de forma que el patriotismo es expresado en creencias y valores sociales del país, mientras que el nacionalismo se expresa defendiendo los intereses nacionales en el orden internacional. Por último, mientras el patriotismo se centra en los derechos individuales, la sociedad libre y plural, el nacionalismo lo hace en los derechos colectivos, la construcción nacional y el particularismo cultural. A pesar de todas estas diferencias, la relación de estos constructos con actitudes hostiles hacia el exogrupo, es quizás una de los aspectos más interesantes para la Psicología Social. Centrándose en ello, experimentos como los de Kosterman y Feshbach (1989), Sidanius et al. (1997), Schatz et al. (1999) muestran que el nacionalismo se halla más fuertemente asociado con comportamientos hostiles, disposiciones cognitivas rígidas y emociones negativas hacia otros grupos nacionales. De acuerdo con estos resultados, se ha encontrado una correlación positiva significativamente alta entre nacionalismo y prejuicio, y una correlación negativa entre este último y patriotismo (Figueiredo y Elkins, 2003).

En este conjunto de términos relacionados, también se incluye el etnocentrismo, que en un principio se definió como actitudes y sentimientos que incluían lealtad y sacrificio endogrupal y desprecio hacia el exogrupo (Summer, 1906). Partiendo de esta idea, el experimento del campamento de verano de Sherif (1966), en el que participaron niños y se estudiaron las relaciones intergrupales y el conflicto, demostró que la competencia grupal y la lucha por los recursos son parte de la causa del conflicto, convirtiendo las relaciones de proximidad en hostilidad y beligerancia. Pero esta relación entre competencia por recursos y

hostilidad intergrupala, fue cuestionada por Tajfel y colaboradores en sus experimentos con el paradigma del grupo mínimo (Tajfel, Billig, Bundy y Flament, 1971). De acuerdo con los resultados obtenidos, para que haya conflicto intergrupala no es necesaria la competencia por recursos. Basta la mera categorización de las personas en grupos bien diferenciados (“estos son de mi grupo y aquellos de otro grupo”). Es decir, es suficiente con que se genere un sentimiento positivo hacia el endogrupo sin necesidad de la descalificación del exogrupo para generar una discriminación positiva en su favor.

En conclusión, lo más característico del nacionalismo, el sentimiento positivo extremo hacia el endogrupo nacional, está directamente relacionado con el rechazo al exogrupo. No obstante es preciso realizar más investigaciones que incluyan sistemáticamente esa esa compleja red de factores que concurren en la relación entre nacionalismo, patriotismo y prejuicio. En esta dirección van investigaciones como la de Viki y Calitri (2008), en la que se halló una correlación negativa entre patriotismo e infrahumanización del exogrupo y una correlación positiva entre esta última y el nacionalismo. También cabe considerar propuestas de autores como Figueiredo y Elkins (2003), Sabucedo y Fernández (1998) o Sidanius y Pratto (1999), que destacan la necesidad de no olvidar en ese tejido de relaciones las variables contextuales. Por ejemplo, es interesante que esos últimos autores mostraran que la asociación entre expresiones de orgullo y expresiones de prejuicio se incrementa con el estatus del

grupo, precisamente porque los grupos de alto estatus se sienten con un mayor sentido de “propiedad” de la identidad nacional.

Roraima Yáñez Pérez